

# TESTIMONIO MORTAL

LA NUEVA  
SENSACIÓN DEL  
THRILLER  
NÓRDICO

UN PUEBLO IDÍLICO. UNA RECIÉN LLEGADA. UN CRIMEN  
Y DEMASIADOS SOSPECHOSOS.

ANNA BÅGSTAM

mñ

ANNA BÅGSTAM

# TESTIMONIO MORTAL

Traducción de Pontus Sánchez

**mr̄** ediciones martínez roca

Título original: *Ögonvittnet*

© Anna Bågstad 2018, publicado por Norstedts, Suecia, en 2018

Publicado de acuerdo con Norstedts Agency

© por la traducción, Pontus Sánchez Giménez, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: julio de 2019

ISBN: 978-84-270-4598-9

Depósito legal: B. 12.545-2019

Composición: Realización Planeta

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

*Domingo, 27 de agosto de 2017*

Margareta debe de estar loca. ¿En serio espera que Harriet empiece en su nuevo trabajo un domingo? ¿Desde cuándo los investigadores civiles trabajan en fin de semana? Vuelve a leer el SMS.

Margareta: Harriet, he intentado llamarte antes, pero tu teléfono parece estar apagado.

¿Podrías venir mañana mismo? Saludos,

Margareta Bladh.

El SMS lo envió a las 22.37 horas el sábado. «O bien su nueva jefa es una adicta al trabajo, o bien lo de trabajar en fin de semana se ha vuelto normal en la provincia de Skåne desde la reorganización que se hizo del cuerpo de policía», piensa Harriet, y guarda el teléfono en el bolso.

Es temprano por la mañana y el banderín en el asta de la vecina Yvonne revolotea por el viento. En el mar se ven rizos blancos y el aire que entra desde el puerto arrastra un leve aroma a algas. Harriet cierra la puerta con cuidado y se aleja tranquilamente por el camino de piedra del jardín. Oye un chasquido al

abrir el Saab gris plateado que hay aparcado en la puerta del garaje y echa un último vistazo hacia la casa de piedra encalada de su padre.

Antaño había sido una pequeña cabaña de pescadores, pero a medida que la familia fue creciendo, se amplió hasta convertirse en la tradicional casa alargada tan típica del sur del país. Negra y blanca, destaca sobre el prado verde, y está ubicada justo donde la pendiente de la colina se encuentra con la playa. Las malvarrosas que crecen casi hasta la cumbre del tejado ocultan las ventanas, pero Harriet puede ver que dentro la luz aún sigue apagada. Ni su padre, Eugen, ni el pastor alemán, *Kato*, están despiertos.

Vuelve a sacar el móvil. Qué mala suerte que su futura jefa no la haya podido localizar... Las antenas de telefonía casi nunca tienen alcance suficiente para Lerviken, donde vive Eugen, por lo que la cobertura va y viene. Se pueden enviar mensajes, pero las llamadas casi nunca llegan. «No es nada que nos preocupe aquí en el pueblo», suele decir Yvonne con un gesto cariñoso con la cabeza hacia Eugen mientras toman el café de la tarde en el jardín, disfrutando del final del verano. Yvonne lleva viviendo en la casa de ladrillo roja de al lado de la de Eugen desde que Harriet tiene memoria, pero aún no ha cumplido los cincuenta. Debía de ser muy joven cuando Harriet era pequeña, pero siempre le había parecido mucho mayor que su propia madre, Jorun. Tal vez porque Yvonne siempre decía cosas que les suelen gustar a las personas mayores. «Aquí llevamos una vida tranquila, Eugen, yo y todos los demás. En Lerviken frenamos en lugar de acelerar cuando el semáforo se pone ámbar.»

En cuanto sale a la carretera comarcal pisa el acelerador a fondo y deja atrás el pequeño poblado. Dentro de un cuarto de hora estará en la comisaría de Landskrona.

Los campos de cultivo se extienden hacia el interior, y entre

las parcelas se pueden vislumbrar las granjas que asoman en pequeñas arboledas. Los campos están cosechados y el paisaje recuerda a una manta de *patchwork*. Harriet toma el desvío hacia la carretera nacional que va por la costa. El litoral está decorado con pueblos pesqueros. Ålabodarna, Sundvik y Borstahusen. Y también Lerviken, que recibe su nombre de la cantera de arcilla que alimentaba a las fábricas de ladrillos durante el siglo pasado. Hoy, el único recuerdo que queda de aquellos tiempos son los fosos profundos llenos de agua.

«Éste es el lugar más bonito del mundo, tal vez de todo el universo», piensa Harriet. Ha tomado la decisión correcta. Por un instante, su mirada se aparta de la línea blanca central de la carretera y deja que se pasee por los valles cubiertos de hierba que va dejando atrás. Ve algunas vacas marrones y blancas pastando, y en el horizonte, en medio del estrecho ondulante, se asoman los molinos de viento y el perfil del puente que cruza a Dinamarca.

La apuesta de la región sur por los investigadores civiles fue una oportunidad para ella de poder trabajar con algo diferente de los allanamientos de morada y de los jóvenes descarriados, que era a lo que se había dedicado en Estocolmo. Desde que, para gran decepción de Eugen, había abandonado la carrera de Derecho y había empezado a estudiar Sociología, sentía que tenía que demostrar que era capaz de alcanzar sus objetivos. Aunque nunca llegue a ser catedrática como su padre, un puesto de investigadora civil en Landskrona es un paso adelante. Incluso algo de lo que él podrá sentirse orgulloso. Además, le brinda la posibilidad de pasar los próximos seis meses en el pequeño pueblo pesquero de Öresund que tanto le gusta.

«Me habría enfadado contigo si hubieses dicho que no. No cabe la menor duda de que esto conducirá a algo que me dará una envidia monumental, y además nos podremos ver más a

menudo», había dicho Lisa. Harriet sonrío al recordarlo. A Lisa le encantan los hombres con uniforme. Ahora está instalada en Malmö, después de haber vendido su piso de Estocolmo para irse a vivir con un hombre bastante extravagante con quien tuvo una cita maratónica de exactamente sesenta y siete horas durante el fin de semana del solsticio de verano.

Harriet no es para nada igual de aventurera, pero de todos modos se siente valiente, aunque Lerviken no sea algo nuevo para ella. Pasaba aquí todos los veranos de su infancia. Los últimos años no ha ido demasiado, pues cada verano su hermano Paul ha ocupado la casa durante diez semanas junto con su esposa, Eva-Lena, y sus tres hijos. Y al fin Harriet ha desistido, después de haber dedicado varias semanas preciadísimas de vacaciones a saltar por encima de manguitos y flotadores repartidos por todo el césped de delante de la casa, de haber visto las cenas interrumpidas con el «ya estoy, ven a limpiarme» de los niños y de haber sido explotada como canguro. Es cansino ser siempre la tía divertida y despreocupada que no tiene ni novio ni trabajo fijo, y que encima tiene mal carácter.

«Pero ahora estoy aquí», piensa. Además, Paul y ella se han puesto de acuerdo en que estaría bien que alguien pudiese pasar un tiempo con Eugen. «Cuando un padre se acerca a los ochenta, alguien tiene que echarle una ojeada», había dicho su hermano. Y estaba claro que este alguien era Harriet. Él, por su parte, se había largado a Bali con la familia, endosándole el perro a su padre. Paul siempre hace lo mismo, pone algo en marcha y luego se larga.

«Creo que un animal de compañía es justo lo que Eugen necesita, así no estará solo», había argumentado, como si lo hiciese por el bien de su padre. Harriet casi puede oír la voz de su cuñada en las palabras de Paul cuando llama al padre por su nombre de pila. Pero Harriet sabe que no se trata de Eugen. Está

bastante segura de que Paul necesita irse de viaje para arreglar su matrimonio. Y alguien tendrá que cuidar del maleducado pastor alemán, al que nunca le han dedicado el tiempo suficiente. Mueve las manos sobre el volante y reduce la velocidad. El pensamiento le produce remordimientos. Su hermano tiene buen corazón, pero a veces parece que su única obligación es Eva-Lena y los niños, y que el tiempo libre de Harriet queda en segundo plano por el hecho de no tener familia.

Gira por la calle del ayuntamiento y aparca el Saab delante de la pizzería que está enfrente de la comisaría de Landskrona. Las hermosas casas de finales del siglo XIX, los ladrillos rojos y los trolebuses le producen siempre a Harriet una sensación casi exótica.

Baja la visera del coche y se mira en el espejito. Los rizos morenos se le han enredado y la punta de la nariz está sonrojada por el viento. Desearía que la cara que ve reflejada tuviese más autoridad, pero no hay nada que hacer. Casi veintinueve años y aún tiene la cara redonda de una adolescente, igual que los muslos.

El móvil da un tintineo y Harriet se abalanza sobre él. Mensaje de Lisa.

Lisa: Bienvenida al sur, Harry, suerte con el trabajo nuevo. Cruzo los dedos para que la comisaría esté llena de buenorros.  
Dime cosas en cuanto puedas.

Harriet suelta una risita. La imagen que Lisa se hace de los policías es que llevan los brazos tatuados, comen siempre hamburguesas y, sobre todo, no tienen reparo en usar las esposas también en privado. «*What's not to love*», habría dicho Lisa. Tiene que intentar acordarse de llamarla antes de meterse de

nuevo en la penumbra telefónica de Lerviken. Mientras, le envía un mensaje.

Harriet: Gracias, ¿tú crees que el entreno de floorball lo harán en uniforme o jugarán a pecho descubierto?

Sabe que Lisa se reirá con ese mensaje.

Harriet se pone bien los tejanos y sale del coche. Ha llegado el momento.

## 2

Las puertas grandes y oscuras de cristal de la comisaría de policía no tienen timbre. Con mano temblorosa, marca el número de Margareta. Tras un tono de llamada, la jefa contesta con una voz áspera.

—Ahora mismo bajo y abro.

Unos segundos más tarde aparece al otro lado del cristal una mujer de mediana edad vestida de negro. No es para nada como Harriet se la había imaginado. Se esperaba una persona rubia y atlética. Margareta es alta y delgada, y lleva el pelo gris cortado en una media melena atrevida. No es para nada el tipo de persona que compra las pastas de dos en dos —una para comérsela en el acto y la otra para disfrutar del sabor—. Es como si Harriet pudiese oír el envoltorio de plástico vacío que sabe que está escondido en el fondo de su bolso tras el viaje en tren del día anterior. Margareta la saluda con un apretón de manos firme y Harriet puede apreciar unas uñas sin pintar pero bien cuidadas. Harriet retira rápidamente su mano esperando que Margareta no note el pintaúñas rosa claro descascarillado en las suyas. Debería habérselo quitado, pero en casa de Eugen no había quitaesmalte.

—Qué bien que hayas podido empezar de inmediato. Esto

es un caos desde que hicieron la reorganización y, claro, luego pasa lo que pasa. Toca acostumbrarse —dice Margareta a toda prisa mientras guía a Harriet por un pasillo de oficinas oscuro por detrás de la recepción—. Lena, que se ocupa del mostrador, te ayudará mañana con la tarjeta de acceso y todas esas cosas —prosigue mientras avanzan—. Pero tal vez se lo tengas que recordar. Es una de esas personas que la lían cuando piensan.

Harriet no tiene tiempo de responder, pero se da cuenta de que la pantalla del ordenador de Lena está repleta de notas en diferentes colores.

—Ayer por la noche, la policía que estaba de guardia recibió el aviso del hallazgo de un cuerpo. Quiero que estés en el caso desde el principio —continúa Margareta, observándola mientras habla—. Vamos cortos de personal, y lo que antes recaía en los investigadores especiales de Malmö ahora nos toca hacerlo a nosotros a nivel local. Si pasa algo, tenemos que estar preparados, no hay más. Aunque sea en fin de semana. He llamado a otro inspector, pero no podía venir hasta después de comer.

Llegan a una salita de descanso amueblada con mesas de abedul y sofás tapizados con una tela lila jaspeada, típica de los años noventa. Margareta saca enseguida un vaso de cartón y le pasa otro a Harriet antes de seguir hablando acerca de la reorganización del cuerpo policial. La máquina de café hace tanto ruido que Harriet apenas puede oír lo que Margareta le dice.

—¿Qué experiencia tienes? —pregunta cuando la máquina se queda en silencio—. No formé parte del reclutamiento, así que me lo tendrás que explicar tú misma.

—Soy socióloga. He trabajado con adolescentes y familias en situación de precariedad, y también con delitos leves —responde Harriet rápidamente mientras se recoloca el jersey, que se le ha subido bajo la cazadora. Tal vez debería comentar que ha estudiado Derecho y que su padre es catedrático de Derecho Ci-

vil, y por tanto tiene algo de conexión con la justicia. A lo mejor habría sonado bien.

Margareta toma un sorbo de café. Se le forman muchas arrugas alrededor de la boca cuando bebe.

—Me refería a tu experiencia investigando delitos, en la universidad no te enseñan a resolver crímenes. ¿Has participado alguna vez en algún caso de homicidio?

Harriet toquetea un poco el vaso.

—No, pero llevo casi tres años trabajando como investigadora civil —consigue decir al final.

«Y soy valiente, observadora y analítica», le habría gustado añadir, porque es lo que solía decir su anterior jefe. Algo que es más importante que el derecho.

La cara de Margareta permanece impassible.

—Ven, vamos a mi despacho. El tuyo aún no está listo. Montaremos aquí una sala especial para el caso, a menos que al final lo cojan en Malmö, cosa que dudo. Todos los recursos están destinados a los tiroteos —dice de forma escueta, y sigue caminando por el pasillo, delante de Harriet, hacia la única puerta que hay, que da a una habitación con la luz encendida.

La estancia es amplia. Un escritorio, dos librerías repletas de carpetas, un sillón y un sofá. Sobre este último cuelga un cuadro que representa la ciudadela de Landskrona. Margareta se sienta al escritorio e indica a Harriet con la cabeza que se instale en la silla de enfrente.

—Podemos hablar más durante la comida, si nos da tiempo. No me van las trivialidades. Te voy a poner al día sobre el caso de inmediato —prosigue. Enciende el ordenador y añade—: No esperaba que fueras tan joven.

Harriet cruza las piernas y se apoya en los reposabrazos. Es difícil encontrar una postura que sea cómoda en esa silla de visitas tan dura.

—Ayer por la noche encontraron el cuerpo de una mujer en una granja en las afueras de Landskrona. Fueron los servicios de atención domiciliaria los que dieron el aviso. Nadie los abrió al llamar al timbre, y cuando vieron que la comida seguía colgando de la puerta sospecharon que algo había pasado y dieron una vuelta por la finca para echar un vistazo. Estaba tumbada en los establos. Al parecer la habían matado de una paliza. La Científica está allí en este momento. Les he pedido permiso para ir a verlos.

Harriet carraspea un poco. Hace diez minutos que Margareta y ella se conocen y ya está involucrada de pleno en un caso de homicidio.

—Aún no hemos informado ni a los medios ni al marido de la víctima. Según el padrón, vive en la granja, pero no lo han visto. Tiene unos setenta años. He conseguido que el testigo del servicio de atención domiciliaria no diga nada, al menos hasta el lunes. Es importante que esto no salga a la luz.

Mientras habla, la mirada de Margareta reposa sobre el cuadro que cuelga por encima de la cabeza de Harriet.

—Las primeras veinticuatro horas son determinantes para que consigamos encontrar al culpable. Casi siempre es alguien cercano a la víctima, y si el maltrato tiene lugar en el domicilio, el marido suele ser el culpable en el ochenta por ciento de los casos. Pero seguro que eso ya lo has estudiado, al igual que todo el mundo. En primer lugar, quiero aclarar esto lo antes posible para ahorrarnos la injerencia de otros —continúa Margareta—. El fiscal de guardia ha pedido que interroguemos al marido, pero no tenemos ni idea de dónde está. Han enviado un SMS con número oculto a su móvil, pero no lo ha recibido. Es probable que esté apagado. No me sorprendería que hubiera entrado en pánico y que a estas alturas hubiera salido del país.

Margareta abre un cajón del escritorio, saca una barra de protector labial sin perfume y se unta los labios.

—Le encontraremos. Siempre lo hacemos —dice.

—¿Qué sabemos de la víctima y de su marido? —pregunta Harriet con cautela.

—La mujer tiene cincuenta y tres años, no trabaja. El marido tiene setenta y dos años, es propietario de la granja desde 1982. Los ingresos de él el año pasado ascendieron a cuatro millones y medio de coronas; en principio los de ella son inexistentes. Él tiene bienes en Suecia por un valor de aproximadamente ciento veintiocho millones de coronas, y la finca tiene un valor de tasación de unos setenta y cinco millones. No hay hijos ni otros parientes. —Margareta hace una pausa y deja la barra de labios sobre la mesa—. Mejor, así nos ahorramos las llamadas.

Harriet observa que no hay fotos ni de niños ni de nietos sobre el escritorio de Margareta, y tampoco lleva anillo de casada.

—El hombre ha sido condenado en dos ocasiones por maltratar a su mujer. En mi opinión, el fiscal podría haberlo detenido en su ausencia. Pero el fiscal de guardia aún está verde —continúa—. Lennart, el técnico de la Científica, ha prometido que nos enseñará el escenario del crimen. Nos llamará en cuanto terminen con lo más importante. He pedido que podamos ir antes de que la noticia salga a la luz. Luego será un caos.

—¿Dónde está la granja? —pregunta Harriet.

—A unos diez kilómetros hacia el norte, a pocos kilómetros de la costa. Justo en las afueras de un pequeño pueblo pesquero que se llama Lerviken, por si te conoces esta zona del país.

Harriet se atraganta con el café y empieza a toser.

—Aquí la costa está repleta de pueblos pesqueros modernos. Antes Lerviken era un sitio de gente normal, pero ahora se ha transformado en la flor y nata del municipio.

«Eso no es del todo cierto», piensa Harriet, pero el gesto de la cara de Margareta es tan despectivo que pierde el hilo.